

EL DIÁCONO DESDE EL PUNTO DE VISTA ECLESIOLÓGICO CONFRONTADO CON LOS DESAFÍOS PRESENTES EN LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD¹

*Mons. Dr. Walter Kasper
Alemania*

El autor demuestra que el ministerio del diaconado es un ministerio fundamental en nuestra Iglesia, teniendo un perfil propio y que estas características aumentarán en el futuro.

EL MINISTERIO DEL DIÁCONO

La simple constatación de que el diaconado es un ministerio fundamental y con particular importancia en el día de hoy, puede conducir a debates muy emocionantes. El diaconado permanente todavía no está ancorado en todas las iglesias locales. Esto está demostrado también por las inseguridades terminológicas. En el caso del sacerdote se habla claramente de la ordenación, en el caso del diácono, sólo de un servicio. Por otro lado, en algunos lugares las celebraciones de entrega de tareas eclesiásticas para laicos ya tomaron un carácter de ordenación, según las manifestaciones exteriores. Al fin de cuentas, incluso cuando se trata de la comprensión teológica del diaconado permanente, e incluso ahora, al transcurrir más de 30 años después del Concilio, quedan muchas cosas ambiguas y disputadas. Se están confrontando continuamente concepciones teológicas, de las cuales surgen diferentes planteamientos de tareas para los diáconos permanentes.

Cuando los Padres Conciliares aceptaron la idea de renovación del diaconado permanente, fueron determinados, como se sabe, de intereses diferentes.

Unos vieron al horizonte la futura falta de sacerdotes y esperaban, de cara a la situación de diáspora de las viejas iglesias locales y a la situación de misión en las nuevas, recibir un alivio².

Otros tomaron las ideas de los círculos para el diaconado existentes antes del Concilio y procuraron un fortalecimiento del carácter diaconal de la Iglesia³.

Otros más consideraron el problema del celibato para los diáconos permanentes y más generalmente, el problema del celibato, como fundamental para la introducción del diaconado permanente⁴.

Este problema del celibato jugó un papel importante, especialmente para los adversarios de la introducción del diaconado permanente. Ellos tuvieron miedo de que un paso

¹ Texto extraído del anuario 2002 - Diaconia Christi - del Centro Internacional del Diaconado, Alemania.

² F. Lepargneur, Ein Diakoat für Lateinamerika, in: K.Rahner u. H.Vorgrimler (Hg.), Diaconia in Christo, Freiburg i. Br. 1962, 469 ff.

³ A.a.O., 431.

⁴ A.a.O., 482 ff.

tal iba a provocar un debate sobre el celibato sacerdotal. Este problema lo voy a dejar a un lado en mi presentación, como también el del diaconado para las mujeres. Estos son problemas que deben ser tratados separadamente, en otras circunstancias. En adelante, tendré como punto de partida el hecho de que el diácono permanente, concebido por el Concilio como un escalón independiente de la ordenación, no debe ser considerado a partir de la falta de sacerdotes, ni como un suplente para los sacerdotes que faltan. Por esto, voy a seguir, de manera particular el segundo momento susodicho. En mi opinión, desde el punto de vista de la diaconía, se abren caminos para el diaconado que ofrecerán oportunidades con importantes consecuencias para el futuro.

La introducción del diaconado permanente en muchas diócesis de la Iglesia católica fue preparada por muchos proyectos y experiencias pastorales, surgió de un movimiento "de abajo para arriba", particularmente en los así denominados "círculos para el diaconado". Estos impulsos "de abajo para arriba" fueron alentados ya por el Papa Pío XII y llevados seguidamente por muchos obispos en el Concilio Vaticano II. De manera correspondiente, la discusión en el Concilio fue marcada más por aspectos pragmático-pastorales que por aspectos puramente teológicos. Consideraciones teológicas fundamentales, particularmente las de Karl Rahner, Yves Congar y otros, se añadieron sin embargo muy pronto, y enseguida condujeron a la explicación que el diaconado no es una transformación del apostolado laico, sino una reformación del ministerio ordenado en la Iglesia. Esta concepción fue confirmada por el Concilio y se fortaleció desde entonces.

El Concilio Vaticano II ve en el diaconado permanente "un ministerio de importancia altamente vital para la Iglesia". El Concilio introdujo -como fue dicho explícitamente- el diaconado permanente porque, en el caso contrario, las tareas pertenecientes a la esencia teológica del diaconado podrían ser cumplidas sólo con dificultad (LG 29).

Los fundamentos de la teología del ministerio eclesial son formulados en la "Lumen Gentium" de manera obligatoria. Se hizo a este respecto, la declaración fundamental de que el diaconado, tal como el presbiterado, pertenece al ministerio ordenado que se administra con la imposición de las manos y la oración, y cuya plenitud pertenece al ministerio episcopal. (LG 28; OE 17; AG 16). Quien conoce un poco de la historia de la teología, sabe como una declaración tal fue inesperada al tiempo del Concilio. Esta declaración supera todo el desarrollo medieval, apelando a la liturgia y teología de los primeros siglos. Ella incluso casi quebró la restricción medieval del ministerio al presbiterado, en cuanto esta fue vista sólo desde el ángulo de la plenipotencia de consagración que tenía el sacerdote. Desde este ángulo restrictivo medieval, ni el diaconado, ni el episcopado pudieron ser vistos como sacramento.

La renovación fue posibilitada por un recurso a las liturgias de ordenación de la Iglesia primitiva y a los Padres de la Iglesia. A la luz de esta antigua tradición, el Concilio pudo clarificar de manera doctrinaria el pertenecer del diaconado, presbiterado y episcopado a un solo ministerio sacramental de la Iglesia. La renovación del diaconado permanente nació, por consiguiente, no sólo de las necesidades del presente, sino también de un análisis teológico de las reverencias determinantes de la fe. Sólo de este doble movimiento pudo surgir la renovación del diaconado permanente y ganar su forma obligatoria en la Iglesia.

Incluso en la relación triple entre el episcopado, el presbiterado y el diaconado se llegó, en el Concilio Vaticano II, a una nueva reflexión. Hasta ese Concilio, los tres escalones de la ordenación pudieron ser entendidos como un tipo de carrera ascendente. Contrario a eso, el Concilio hizo una transformación de la manera de ver las cosas. El Concilio tiene como punto de partida, en el sentido de la Iglesia primitiva, el obispo, y le concede la plenitud de la ordenación (LG 21). Diáconos y presbíteros participan en este único ministerio sacramental, cuya plenitud corresponde al obispo, de manera específica y gradual. Los dos -el sacerdote y el diácono- son colaboradores del obispo, y así son considerados en su dependencia y pertenencia hacia este último. Los diáconos y presbíteros, de manera correspondiente, ejercen su ministerio como representantes del obispo, el cual, confrontándose con la multitud de sus tareas, necesita colaboradores y ayudantes.

Los diáconos, sin embargo, siendo pertenecientes a un obispo, no son solamente "prolongaciones" de este último. El que, últimamente, concede la ordenación sacramental, es el mismo Jesucristo, la ordenación da a los que la reciben un signo sacramental (carácter indelebilis) que les hace semejantes a Cristo, el único Sumo Sacerdote, Pastor y Obispo. Con esto, el ordenado ya no debe tener una disponibilidad absoluta hacia el obispo, sino tiene un cierto grado de independencia y responsabilidad propia (ya que recibió en la ordenación una relación inmediata con Cristo) que el obispo tiene que respetar. Los obispos, presbíteros y diáconos participan así, de manera diferente, a la misión de Cristo y deben tener una relación fraternal y colaborar de manera colegial. Los sacerdotes y diáconos no son simplemente sometidos al obispo sino este último debe dirigirse a ellos y tratarles como hermanos y amigos.

De la diferente participación al único ministerio de Jesucristo surgen algunas consecuencias por un más detallado esclarecimiento de las relaciones entre los ministerios del sacerdote y del diácono. En cuanto el diaconado fue tan solo una transición al presbiterado, el diácono apareció como inferior al sacerdote. Esta inferioridad/superioridad jerárquica puede aparecer incluso si uno lee superficialmente LG 29. Citamos: "Un escalón más bajo en la jerarquía lo ocupan los diáconos..." Pero, al mirar más atentamente, se puede notar que no se trata aquí de la inferioridad o sumisión del diácono al sacerdote, sino de una menor participación al ministerio del obispo. Esto aparece claramente en LG 28, donde se dice: "Cristo, al cual el Padre santificó y envió al mundo (Jn 10, 36) hizo, por intermedio de los apóstoles, sus sucesores, los obispos, participar en su propia ordenación y misión. Estos, por su parte, transmitieron las tareas de su ministerio, en una múltiple gradación, a varios miembros de la Iglesia, según el derecho. Así que el ministerio proveniente de la divina intención está ejercitado en varios órdenes por aquellos, que desde tiempos antiguos, tienen los nombres de obispos, sacerdotes y diáconos". Estas diferentes gradaciones en la participación al ministerio episcopal corresponden pues a varios órdenes. El obispo, por así decir, tiene dos brazos para apoyarlo, que tienen diferentes funciones, pero que deben colaborar.

"La teología tradicional de la ordenación de los escalones ascendentes, y la concepción de que la consagración episcopal es una ampliación no esencial a la ordenación sacerdotal,

fueron abrogadas"⁵. Debe hablarse ahora de una teología de la ordenación relativa a la diferente participación al ministerio episcopal y así mismo de una relación directa del diácono con el obispo, que incluye, por supuesto, una colaboración fraternal con el sacerdote, que también tiene una participación en el ministerio episcopal.

Esta concepción del último Concilio es en acuerdo con la de los primeros siglos. San Pablo recuerda ya a los diáconos en una relación inmediata con los obispos (Fl 1,1). San Ignacio de Antioquía describe los diáconos como colaboradores (syndouloi) suyos (es decir, no de los sacerdotes) (Fl 4; Smirn. 4,1; Ef 2,1; Magn. 2,1). Según la Tradición Apostólica de Hipólito, los diáconos "no son llamados al presbiterado, sino al servicio del obispo, y para cumplir las tareas planteadas por este último" (Trad. apost. 8). La "Didascalia Apostolorum" advierte: "Sed unánimes, obispos, presbíteros y diáconos, porque constituís un solo cuerpo". El diácono es descrito incluso como "oreja, boca, corazón y alma del obispo" (Didasc. II, 44). A veces, parece que los diáconos tenían una posición tan poderosa que -como lo señalan San Jerónimo y el Ambrosiaster- los presbíteros protestaban con toda energía.

Después de aclarar, de esta manera, que el diácono participa del único ministerio sacramental de la Iglesia y representa una característica específica de este ministerio, debemos considerar ahora la forma concreta y esencial en la que se presenta este ministerio en el diaconado.

LG 29, citando brevemente la Tradición Apostólica de Hipólito, dice lo decisivo en este asunto. El Concilio subraya que el diácono "no está ordenado para el sacerdocio, sino para el servicio (ministerium)". De esta forma los ministerios sacerdotal y diaconal quedan claramente delimitados. El diácono no es un "mini-sacerdote" ni un suplente por la falta del sacerdote. Con esto, el diaconado deja de ser sólo un escalón para el presbiterado: se trata de un ministerio independiente. Tiene una marca propia del ministerio de la Iglesia de Jesucristo.

La ordenación "Para el servicio" significa que el diácono tiene la Diakonía cristiana como responsabilidad especial. Ya el Libro de los Hechos de los Apóstoles menciona que los apóstoles no podían cuidar solos del servicio de las mesas y para no descuidar el servicio de la Palabra, necesitaban ayuda (Hch 6,2).

Incluso según San Ignacio de Antioquía dice que a los diáconos se los confía el servicio de Jesucristo (Ef 2,10) y lo que dice Hipólito sobre la orden eclesiástica, muestra que los diáconos cuidaban de los enfermos y tenían que informar al obispo sobre este servicio (Trad.apost.8; cf. Didasc.II, 44). Así que los diáconos, en la Iglesia primitiva, cumpliendo una tarea confiada por los obispos, cuidaban, en primer lugar, de los pobres. El Concilio cita explícitamente la carta de Policarpo: que los diáconos tienen que ser unánimes: "Misericordiosos, asiduos, abiertos hacia la verdad del Señor, que se hizo servidor de todos" (Fl 5,2; cit. en LG 29).

Por supuesto, el amor por el prójimo y el servicio a los hermanos siguiendo a Cristo son requeridos a todos los cristianos bautizados y confirmados. También queda claro que el

⁵ H. Vorgrimler, Sakramententheologie (LeTh 17), Düsseldorf 1987, 288.

carácter de servicio -como lo recuerda incesantemente el Concilio- es propio también de los sacerdotes, obispos, de toda la Iglesia. LG 24 dice claramente que el ministerio episcopal "es verdaderamente un servicio, por lo cual es denominado en las Escrituras como "diakoneia", es decir, servicio (cf. Hch 1,17 y 25;21,10; Rm11, 13;1 Tm 1,12)". A los obispos, presbíteros y diáconos, se les pide, conjuntamente, ejercitar la diaconía de Jesucristo hacia los pobres y necesitados de todo tipo y promoverla en la Iglesia. Al obispo se le ata esto particularmente al alma con su consagración. El diácono toma parte en ese ministerio diaconal del obispo de forma muy especial. El debe "representar de modo especial en la Iglesia la dimensión diaconal propia al ministerio eclesial, es decir, el servicio de esclavo cumplido por Jesucristo"⁶.

En este servicio diaconal, no se trata de una actuación unilateral, social-caritativa del diácono. El diácono no es un "asistente social ordenado". San Ignacio de Antioquía hace eco de 1Cor 4,1 en llamar a los diáconos "Diáconos de los misterios de Jesucristo". "Porque no son diáconos de comidas y bebidas, sino de la Iglesia de Cristo" (Trall 3,3; cit. en LG 41). Ellos son "más estrechamente vinculados al altar" (AG 16) y participan además del servicio de evangelización (SC 35,4; DV 25). La diaconía ejercitada por el diácono en el nombre de Jesucristo se debe entender en un sentido teológico y eclesiológico más amplio, puesto que el servicio del diácono incluye también la proclamación del Evangelio, el servicio al altar y algunas tareas de dirección (AG 16; cf. CIC, can.1008 f.).

Pues, de verdad, no sólo hay pobres desde el punto de vista material, sino que hay pobres desde el punto de vista psíquico y espiritual, hay miserables y bastantes personas dejadas solas o abandonadas. Por esto, la evangelización también es un servicio a las personas. Instruir los ignorantes desde siempre fue una obra de misericordia espiritual que, dado el déficit de orientación del mundo de hoy, ha adquirido una particular importancia. De modo semejante, la tarea de llevar la Eucaristía a los enfermos y a los moribundos desde siempre fue confiada a los diáconos y también es una obra de diaconía cristiana. Es una obra de caridad y misericordia visitar a las personas en su soledad, unirlos, construyendo así comunidades cristianas. Correspondientemente al servicio del diácono se deben contar todas las dimensiones de la diaconía cristiana: martyria, liturgia y diakonía en el sentido estricto de la palabra.

El Profesor y diácono H. Hoving lo formula de la siguiente manera: "Los presbíteros representan al obispo en las comunidades, de manera que ellos son responsables de la dirección de las comunidades que se les confió, por lo cual tienen también la presidencia de la celebración eucarística. En este sentido tienen una participación más amplia a la misión apostólica del obispo. En esta última también participan los diáconos. Pero ellos lo hacen en la diaconía que -como quedó claro- es responsabilidad del obispo, como dirigente. Como tarea de dirección eclesiástica, la diaconía es diferente de la acción de caridad de todo cristiano, procedente de su fe (cáritas) como también de la diaconía organizada como por ejemplo la de las asociaciones Cáritas. Y, puesto que son los presbíteros los que representan también a los obispos, hay una relación también con la dirección presbiteral. Por esto se dice en LG 29 que los diáconos tienen que ejercer su servicio en comunión con el Obispo y su presbiterio. Cuando pertenece a la función fundamental del ministerio eclesiástico de representar el

⁶ W. Kasper, Dank für 25 Jahre Ständiges Diakoniat in Diaconia Christi, Rottenburg a.N. 1994, 24.

servicio de Cristo como Señor de la Iglesia, esto es válido incluso por el diaconado perteneciente al Ordo. Por esto -según el entendimiento católico- los diáconos participan en la función de dirección eclesiástica"⁷.

Resumiendo, esto significa que el diácono representa de manera particular a Jesucristo, venido para servir (Mt 10, 45) que se humilló tomando el aspecto de un esclavo (Fl 2,7ss). Representando el obispo y en colaboración con los presbíteros, el diácono conduce, es decir, inspira y motiva la diaconía de la comunidad. De esta manera tienen los diáconos su parte en el poder de dirección de la Iglesia. El diaconado ordenado aclara el hecho de que la diaconía es una dimensión esencial de la dirección eclesiástica.

Después de esta aclaración del ministerio particular del diácono, debemos preguntar, cómo se sitúa este ministerio en la eclesiología del Concilio, particularmente en la eclesiología de la "communio". Esto está vinculado a una de las más urgentes preguntas de nuestro tiempo, la búsqueda de la comunidad, que hizo crecer en muchos creyentes la conciencia del hecho que todos somos Iglesia. ¿Cuánto se necesita en nuestra Iglesia de hoy el diácono?

Eclesiología de la "Communio" como fundamento del diaconado.

Eclesiología de la "Communio " y diaconía.

Jesucristo nos regaló la oración más bonita, el "Padre nuestro". En esta oración podemos decir y confesar que todos tenemos el mismo Padre y con esto somos todos hijos de Dios. Es una idea extremadamente profunda. Ante Dios y por Él pertenezco con todos los seres humanos a la única familia del Padre celestial.

La individualización, soledad, enajenación y directamente hostilidad de los seres humanos entre sí, son signos del pecado. Por esto, en la economía de la salvación, Dios quiso que los seres humanos no sean aislados, no quiso salvarles independientemente de toda conexión recíproca, sino transformarles en su pueblo. Correspondientemente, el Concilio entiende la Iglesia como "pueblo mesiánico", que "aún no conteniendo a todos los hombres y a veces aparece como 'pequeña bandada', es para toda la raza humana el núcleo indestructible de la unidad, de la esperanza y de la salvación" (LG 9).

La eclesiología de la "Communio" del Concilio Vaticano II está relacionada con esta visión soteriológica de la Iglesia. Su importancia supera las problematizaciones intraeclesiales; ella muestra cuál es el puesto de la Iglesia en toda la historia del mundo. Esta eclesiología es una concretización de la importantísima declaración conciliar que la Iglesia es sacramento en Jesucristo, es decir, signo e instrumento de unidad (LG 1). Por esto, ella es uno de los más importantes impulsos del Concilio. "Para la Iglesia sólo hay un camino en el futuro, el camino indicado por el Concilio, es decir: una plena implementación del Concilio y de su eclesiología de la Communio"⁸. Esta indica el hecho de que la Iglesia no existe por sí misma sino por los

⁷ H.Hoping, Diakonie als Aufgabe des kirchlichen Leitungsamtes, in: Dokumentation 13 der AG Ständiger Diakonats in der BRD, Beyharing 1996, 34.

⁸ W. Kasper, Die Communio-Ekklesiologie als Grundlage für eine erneuerte Pastoral, Rottenburg a.N. 1990, 5.

otros, por las personas, por el mundo y su unidad, por su reconciliación y paz; es una Iglesia servidora. En el sentido más amplio la diaconía es, por consiguiente no una sino la dimensión de la Iglesia.

Lo que significa concretamente la eclesiología de la "Comunión", los Hechos de los Apóstoles lo expresan de la siguiente manera: "Eran persistentes en la enseñanza de los apóstoles y en la fracción del pan y la oración" (2,42). O sea que la Iglesia es la comunidad de aquellos que, por intermedio de los apóstoles acogieron el mensaje de Jesús, el amor encarnado de Dios, que lo comunican, están uno en él y persisten con fidelidad en él. Es la comunidad de aquellos que participan en un solo Pan Eucarístico y así forman un solo cuerpo (cf. 1Cor 10,17), porque, dice San Agustín, la Eucaristía es el sacramento de la unidad (Jn 26,6,13; cit. SC 47). La Iglesia es la comunidad de aquellos que realizan la comunión fundada en la acción de Jesús, revelada en su palabra y celebrada en la Eucaristía, que comparten el pan cotidiano y sus posesiones. Martyria, Leiturgia y Diakonía se esclarecen como las tres dimensiones fundamentales de la Iglesia y así queda claro también, que la realización de la caridad, de la diaconía, son la consecuencia concreta y así mismo el criterio de autenticidad de la fe y Eucaristía de cada comunidad y de cada persona.

Esto está fundamentado en el mensaje y en la acción de Jesús. El servicio pastoral de Jesús fue un servicio de salvación. Esto fue simbolizado por los milagros de Jesús de cara a las diferentes necesidades: nutrir los hambrientos, sanar los enfermos, resucitar los muertos, exorcizar. Correspondientemente, Jesús manda sus discípulos no sólo para evangelizar y para instruir, sino también -lo que se olvida a menudo- para sanar (Mt 10,8). El oficio doctrinal y pastoral de la Iglesia debe realizarse también en acciones de curación y en el servicio caritativo-diaconico, llegando así mismo a ser creíble.

Por esto, cada comunidad tiene, como Iglesia local, cuidar que la diaconía sea realizada. Esto significa que fe y evangelización, Eucaristía y liturgia tienen que ser relacionadas con la diaconía. Fe sin diaconía no es fe cristiana. Evangelización sin diaconía tampoco es cristiana; una comunidad celebrando la Eucaristía pero no siendo orientada hacia la diaconía, expresa su fe, pero se trata de una fe muerta; no puede hallar a Dios, puesto que se olvidó que Dios se halla en las personas, especialmente en los pobres (Mt 25). "No podemos compartir el Pan Eucarístico, sin compartir el pan cotidiano"⁹.

La Iglesia vive donde las obras de misericordia se hagan: alimentar a los hambrientos, dar de beber a los que tiene sed, vestir a los desnudos, abrigar a los extranjeros, librar a los prisioneros, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos. La Iglesia vive también donde se están cumpliendo las obras espirituales de misericordia: reprender a los pecadores, enseñar a los ignorantes, aconsejar a los que dudan, consolar a los afligidos, soportar a los que nos ofenden, perdonar el mal, rezar por los vivos y por los muertos.

Si esta dimensión diaconica es tomada en serio, no puede existir ninguna necesidad privada, por la "comunión" de la Iglesia, puede existir solamente una necesidad solidaria. Cuando un miembro se alegra, se alegran todos, cuando uno sufre, sufren todos con él (1Cor

⁹ A.a.O., 19.

12,26). Esta es la consecuencia lógica del estar juntos en Cristo, como realizar el ministerio pastoral de Jesucristo, que como el buen pastor ofrece su vida por su rebaño (Jn 10,11.15). La diaconía no es una ocupación colateral de una comunidad, o el hobby de pocos; ella es una tarea principal de la comunidad cristiana, que sigue a Jesús y está sometida a su misión. Particularmente, esto vale para el ministerio eclesiástico.

ECLESIOLOGÍA DE LA "COMMUNIO" Y DIACONADO

Hemos visto que no puede existir Iglesia sin diaconía, porque Cristo mismo es como uno que sirve (diácono) (Lc 22,27). Por esto en la tarde, antes de su pasión y muerte, no sólo se estableció el ministerio sacerdotal sino también el diaconado. Con el lavado de los pies, Jesús nos dio un ejemplo para que nosotros también actuáramos de la misma manera que él (Jn 13,15). En esta palabra se puede ver el fundamento del diaconado.

En el diaconado, la Iglesia tiene un ministerio que da un rostro verdadero a la estrecha conexión entre Martyria, Liturgia y Diakonia. Con esto los laicos, y también los obispos y sacerdotes están exentos de su tarea diaconal. Surge la pregunta ¿cómo se armoniza la diaconía del ministerio eclesiástico con la diaconía de todo el pueblo de Dios que se encuentra en el seguimiento de Jesús?

En LG 10 el Concilio habla del sacerdocio común de todos los bautizados. En SC 14 de la participación activa (Actuosa Participatio) de todo el pueblo de Dios que no se limita a la liturgia, sino que incluye toda la vida de la Iglesia. Esto nos dice que la pertenencia común al pueblo de Dios es reservada a todos los bautizados, y a todos los ministerios, carismas y servicios¹⁰. Pero con esto no se abrogó la diferencia esencial entre clero y laicos (LG 10). "La Iglesia como *communio* debe entenderse como un todo diferenciado, como un cuerpo u organismo en el cual los diferentes órganos actúan de manera diferente pero por el bien del conjunto".

Así que la eclesiología de la "communio" acaba con el modelo de una pastoral asistencial. Ella presupone que todos los miembros de la Iglesia tienen a su manera una corresponsabilidad en la Iglesia y por ella. "¡Pero corruptio optimi pessima!" No existió ni existe un aspecto de la doctrina conciliar que fuera tan malentendido y lo es todavía. Primero se malentendió la magnitud teológica pueblo de Dios (*Laós tou theou*) en el sentido de una alianza política (*Demos*) y por consiguiente se pidió una democratización de la Iglesia. En cuanto no se pide más que una mayor participación, esto es fundamentalmente justificado. Pero con esta petición está relacionada la pretensión ideológica de nivelar la irrevocable diferencia de carismas, ministerios y servicios. "El pueblo de Dios en el sentido del Concilio no significa solamente los laicos o las bases, opuesta a la Iglesia oficial. Pueblo de Dios es el todo orgánico y estructurado de la Iglesia, el pueblo reunido en torno al obispo y dependiendo de su pastor, como lo dijo Cipriano de Cartago"¹¹.

¹⁰ A.a.O., 16.

¹¹ A.a.O., 16f.

¿Qué es la tarea específica del ministerio en este todo? La respuesta nos es dada en el cuarto capítulo de la Carta a los Efesios. Allí se habla de cómo el Señor ascendido atribuyó los diferentes ministerios: apóstoles, profetas, evangelistas y pastores. Enseguida se dice por qué lo hizo: "para administrar a los santos para el cumplimiento de su servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef 4,12). El ministerio eclesiástico es un servicio a los otros servicios; debe administrar los otros servicios, es decir no limitarles o minimizarles, sino que debe inspirarles, motivarles, cualificarles para contribuir a la edificación del cuerpo de Cristo.

Esto vale también para los diáconos. El mismo no puede y no debe ejercer toda la diaconía de la Iglesia; pero debe y puede inspirar, motivar y cualificar a los otros y lo hace mejor cuando ejerce su servicio de manera ejemplar y por su proclamación invita a los otros a hacer lo mismo y les fortalece por el servicio sacramental en este camino.

Queda establecido: La diaconía es una dimensión fundamental y esencial de la Iglesia, y pertenece de manera central a la misión del obispo. El diácono lo realiza como representante del obispo y participando en la misión de este último; él representa el buen pastor y el diácono, Jesucristo. Su servicio diaconal debe entusiasmar a los otros, animarles y fortalecerles para que sirvan ellos también, siguiendo a Cristo, sus hermanos y hermanas, compartir con ellos/as y sustentarles con el ejercicio de las obras corporales y espirituales de misericordia, edificando de esta manera la comunidad de Jesucristo y vivirla. De la misma eclesiología de la comunión surge la necesidad del servicio del diácono. El representa a Jesucristo como buen pastor que sigue la oveja perdida, la levanta en sus hombros y no duda en sacrificar su propia vida.

ACTUALIDAD DE LA DIACONÍA DE COMUNIÓN

La Iglesia y sus comunidades viven y actúan en su tiempo y deben estar atentas a los "signos de los tiempos". Hoy en día, tanto la Iglesia como la sociedad, se encuentran en una gran ruptura interior y exterior. El diácono, de modo particular, está llamado y desafiado a estar atento a los signos de los tiempos, tener un oído claro a las esperanzas y alegrías, dirección y orientación de fe y, partiendo de la esencia de la fe cristiana, crear ánimo y fuerza, paciencia y esperanza, alegría y paz en lo cotidiano de la vida de los seres humanos.

Por esto, preguntemos, finalmente sobre la diaconía de la comunión en la situación presente e igualmente sobre la actualidad y durabilidad del servicio diaconal. Por consiguiente, notemos un análisis breve y obligadamente también acortado de la situación en la cual nos encontramos hoy en día.

Una de las mayores palabras, tal vez la palabra grande, central y fundamental del modernismo es "libertad". La Iglesia desconoció y a veces incluso condenó -en el pasado- esta palabra y el gran valor que ella manifiesta. Durante mucho tiempo, la Iglesia ignoró el hecho de que el patetismo libertario del modernismo tiene sus raíces también en el cristianismo. Sólo con el Concilio Vaticano II cambió el turno y pertenece a los grandes éxitos del actual pontificado y de su persistente política de "derechos humanos", que la heredad del Concilio no fue solamente mantenida sino también continuada, profundizada y enriquecida trayendo así una importante contribución al advenimiento de la libertad en Europa del Este.

Por supuesto, el Papa no se cansa de mostrar también el reverso del esfuerzo occidental moderno hacia la libertad. Este se insertó muy naturalmente en la tendencia individualista del postmodernismo. Esta tendencia eliminó la tercera palabra - clave de la revolución francesa: "fraternidad", conduciendo a una larga eliminación de la solidaridad. Marca de ese proceso es el crecimiento de los fenómenos de soledad, insolación, frialdad social, como también la erosión de los valores comunes fundamentales. El entendimiento emancipatorio unilateral se eximió de las bases valóricas que estableció la historia moderna de la libertad. Esta "libertad de" sin "libertad para" condujo al pluralismo básico del postmodernismo, a una indiferencia que no puede ni entusiasmarse ni decidirse por alguna cosa, que se opone de manera indiferente y escéptica a todos los valores últimos, que conduce a un déficit de sentido, a una vaciedad psíquica, a un vacío interior, que termina en la falta de sentido y en el nihilismo. Algunas proyecciones pueden aclarar más aún esta situación:

En el ámbito del matrimonio y de la familia, la soledad y el fastidio aumentan cada vez más. El número de divorcios está también aumentando constantemente, como también el número de madres solteras. En el ámbito macro social se notan, junto a la pobreza material y al desempleo, el aumento de los refugiados y expatriados, de los sin techo, de los adictos, solos, desesperados, de los sin perspectivas, de las personas incapaces de tener relaciones permanentes, de las mujeres y niños amenazados, y de las existencias marginales amenazadas por el crimen. Generalmente, parece que está explotando en nuestra sociedad un estado de incapacidad de relacionarse y de vivir, vinculada con el aislamiento y la individualización, con un placer de destruir y rechazar, con el no-tener-ganas-de-hablar y con el miedo de tener contactos. A muchos se les oscureció la vida. Otros son bloqueados por una resignación depresiva hacia las amenazas contra su existencia corporal o sus posibilidades de vida, desde el punto de vista psico-social. La mentalidad de desechado, la mentalidad de adaptación, como también la contradicción hacia las realidades de la vida, son signos del tiempo. Como consecuencia de la manipulación mediática y publicitaria conduce a otras personas a producir constantemente ídolos de vida, resultando en expectativas demasiado altas para consigo mismo y los otros y en seguida decepciones relativas a sí mismo y a los otros. Por otro lado, se nota en muchos un bienestar y un lujo ilimitados, un disfrutar de la vida sin discernimiento, una afirmación de sí agresiva etc. Estos también son signos del tiempo¹².

Es natural que en esta situación -descrita de manera breve- el anhelo por la *Communio* está ganando terreno especialmente entre los jóvenes. *Communio* quiere decir, en primer lugar, comunión. Se quiere sobrepasar la soledad, el aislamiento y la falta de relación, uno está anhelando la paz, la reconciliación. Pero *Communio* significa también participación. Uno quiere pertenecer. Esto acontece, de manera exterior, pero no sólo de manera exterior, por intermedio de la moda; es decir: vestirse a la moda, de la misma manera, sino también decir las palabras del mismo modo, comportarse de la misma manera es una señal de que uno quiere pertenecer y está compartiendo los mismos valores. Por último, debemos reconocer que la moda no es, como lo eran antiguamente las costumbres y tradiciones, un fundamento indispensable. Ella es, por definición, algo que puede cambiar mañana, y muchos se dan cuenta de esto. Así que hay también una búsqueda más profunda del sentido, incluso nuevos

¹² H. Pompey, Not der Menschen unserer Zeit – als Wegzeichen Gottes für den Ständigen Diakonat, in: Dokumentation 11 der AG Ständige Diakonat, Beyharting 1994, 20 ff.

movimientos de búsqueda religiosa. Inclusive cuando estos últimos quedan ambiguos y generales y no se inscriben para nada en la línea de la tradición eclesial, ellos existen, pueden ser aproximados, e incluso gritan, pidiendo que sean acercados.

En esta situación, la diaconía de la comunión está desafiada; aquí tienen Uds., su lugar y su tarea urgente. Y, ¿quién sería más llamado a hacerlo, sino el diácono, centinela y luchador, vanguardia de la Iglesia en su confrontación con este desafío? A partir de su forma de vida de padre de familia casado, el diácono tiene un contacto más fácil con las personas (o por lo menos puede tenerlo) con respecto al sacerdote célibatario. Por esto, los diáconos no deberían intentar apropiarse de un pedazo de la función específica de dirección que tiene el sacerdote. Su tarea es diferente de la tarea del sacerdote y es además bastante importante y urgente. Pues antes de dirigir comunidades, antes de celebrar con ellas la Eucaristía, hay que construirlas. En estas zonas marginales y de ruptura de la Iglesia, en estas zonas precisamente tiene el diácono su lugar. No debe pensar exclusivamente en los que "siguen" perteneciendo a la Iglesia, ni estar disponible solamente para ellos, sino invitar a aquellos que posiblemente serán sus miembros mañana. La diaconía de la Comunión debe ser practicada de tal manera por el diácono que él pueda construir la Iglesia para el futuro. Esto es una contribución esencial e indispensable a la nueva evangelización.

Además de la necesidad social de las personas, que se refleja también en la vida comunitaria, se puede notar una necesidad específica en la Iglesia. Esta pone al diácono en otra situación de desafío. Esta necesidad toca el aspecto de la Iglesia y de sus comunidades, así como también las formas de la pastoral. La Iglesia sufre mucho a causa del gravamen de la historia, se está confrontando con la desconfianza de las personas. Se está acomodando esmeradamente con el sentido de libertad y también con el sentido religioso de muchos. Un gran número de católicos se retiraron de la práctica y de la vida de sus comunidades, constatándose también, entre ellos el aumento del número de las mujeres.

No rara vez debemos lamentar una gran falta de la dimensión diaconal y también una defectuosa interconexión de la evangelización y de la liturgia con la diaconía. Rara vez algunas comunidades lamentan que haya un defecto en las actividades diaconales; los lamentos son enormes al tratarse de una S. Misa que faltó o del hecho de que hay disfunciones en la catequesis comunitaria. Se habla también frecuentemente de la falta de sacerdotes; nadie lamentó, según mi conocimiento, la falta de diáconos. En el ámbito de la diaconía, se delega todo, o casi todo de la parte de las parroquias a las instituciones (Cáritas, estación social). Incluso, frecuentemente la introducción del diaconado permanente está considerada sin tomar en cuenta la diaconía. "De todas formas, la manera en que se produjo la renovación del diaconado en Alemania, sin que tuviera lugar un impulso serio para la diaconía de las comunidades y la de la asociación Cáritas, debe ser tratada con escepticismo. En cualquier caso, no se consiguió una conexión de la caridad con la pastoral en este ministerio"¹³.

Este análisis puede parecer deprimente. Sin embargo, las necesidades siempre son oportunidades y desafíos. El desafío, en este caso, consiste en la pregunta: ¿cómo se puede llegar a una renovación del "aspecto de la Iglesia y de sus comunidades, una Iglesia de

¹³ R. Zerfaß, Der Beitrag des Caritasverbandes zur Diakonie der Gemeinde, in: Caritas, 1/87.

comuni3n, una Iglesia no fijada en s3 misma y en sus propias necesidades, sino a la cual le importase primero el Reino de Dios, una Iglesia, cuyo camino es el camino del hombre?" (Juan Pablo II)¹⁴. Queda claro que la imagen de la Iglesia en la opini3n p3blica vive primero a trav3s de la diacon3a y que la diacon3a o la actuaci3n caritativa de la Iglesia tiene el m3s alto reconocimiento social. Por esto la pastoral diacon3ica es pastoral misionera. Porque son los hechos los que son m3s persuasivos que todo lo dem3s.

La estructura tradicional de los servicios y ministerios eclesiales no corresponde a las necesidades actuales, entre otros porque no puede hacerse presente, de manera satisfactoria la continuaci3n de la Diaconia Christi. Por esto fue reintroducido, como acabamos de ver, el diaconado permanente por el Concilio Vaticano II. Las necesidades de las personas, como tambi3n las necesidades de las comunidades obligaban a que este ministerio fuera renovado y as3 mismo fuera renovada la conciencia de que la diacon3a es una caracter3stica de la Iglesia y de todos sus ministerios.

ALGUNOS ASPECTOS CONCRETOS SOBRE C3MO SE PRESENTA EL DIACONADO EN EL D3A DE HOY

Quiero notar, finalmente, algunos aspectos concretos -sobre el fondo de las consideraciones teol3gicas fundamentales y de los detalles de la situaci3n actual- con respecto a c3mo se presenta el diaconado. Voy a empezar con algunas notas sobre la actitud espiritual fundamental del di3cono. Leemos en el Evangelio de San Juan: "Es el Esp3ritu el que da la vida; la carne no sirve para nada" (Jn 6, 33). Utilizando un lenguaje b3blico, podemos decir que tambi3n las reformas institucionales y estructurales pueden ser "carne in3til" cuando no son sostenidas por Dios que da la vida. Tambi3n la renovaci3n del diaconado es ante todo, una tarea espiritual.

En la actitud espiritual b3sica del di3cono se debe esclarecer el hecho de que el camino cristiano no es un camino ascendente, no es un camino en esplendor y gloria, sino un camino hacia abajo, m3s a3n -siguiendo a Jesucristo que descendió- una "carrera hacia abajo". As3 nos dice el himno a Cristo en la Carta a los Filipenses (Fl 2,6-11). Ah3 se fundamenta lo que en la tradici3n espiritual se exalt3 como virtud b3sica de los cristianos y lo que especialmente debe marcar la actitud fundamental del di3cono: una actitud de humildad como disponibilidad al servicio.

A la actitud fundamental del di3cono pertenece tambi3n la conscientizaci3n de las personas necesitadas, enfermas o temerosas. Se trata de una curaci3n que ofrece la liberaci3n y capacita a las personas a crear confianza, para convertirse tambi3n en personas que sirven y aman. Se demuestra esto de manera muy linda en el encuentro de Jes3s con la suegra de Pedro en Mt 8,14ss. La suegra de Pedro est3 yaciendo enferma. Ni siquiera puede vivir su propia vida, para no hablar de cuidar de otros. Jes3s viene y ve a esta mujer. La conscientiza. Ver y conscientizar son elementos esenciales de su acci3n. Jes3s se inclina, sin palabras hacia la enferma, la toma de la mano y la levanta. Ella se alza, est3 de nuevo de pie. Enseguida ella

¹⁴ Seelsorgereferat, A.a.O., 9.

ejerce, según dice el original griego, Diakonía. Porque se dirige hacia los otros y los sirve. Como alguien que puede estar de pie, ayuda a los otros a alzarse.

Así podemos decir: "El objetivo de la actuación diaconal no es simplemente ayuda, sino abrir nuevas posibilidades de vida, para que los que yacen puedan alzarse de verdad. Es cierto que la mirada no debe fijarse sólo en los individuos, sino incluir también las circunstancias sociales en las que ellos viven"¹⁵. En situaciones especiales se puede y se debe dar el caso de que el diácono se convierta en abogado de los pequeños y de todos los que no tienen ni voz ni "lobby".

Las tareas concretas deben ser aproximadas a partir de estas actitudes fundamentales y objetivos espirituales. Concretamente, el diácono es participante del diálogo y persona de referencia para las diversas susodichas necesidades. Todos pueden dirigirse a él con toda confianza. Con su servicio en la evangelización, liturgia y diaconía tiene la oportunidad de hacer presente la vinculación de la fe con la vida. En su servicio al altar el diácono pone las necesidades de las personas sobre la mesa de la Eucaristía; por supuesto, las lleva también en la proclamación de la Palabra. Debe sensibilizar a la comunidad por todo tipo de situaciones de necesidad y motivarla para la colaboración y la disponibilidad.

Una tarea esencial consiste en buscar colaboradores voluntarios, involucrarlos y acompañarlos. Con el tiempo, el diácono debe dejar siempre más servicios y tareas a cargo de los colaboradores voluntarios y consagrarse cada vez más al acompañamiento teórico, personal y pastoral de estos colaboradores. Porque también y precisamente los colaboradores de las instituciones caritativas (jardines infantiles, estaciones sociales, hogares para ancianos, etc.) necesitan un acompañamiento pastoral. Sería ideal que el diácono pudiera iniciar y acompañar grupos de autoayuda, por ejemplo, de las madres solteras o de los adictos. Dadas las susodichas necesidades de nuestro tiempo, está claro también que estas actividades no se pueden limitar a una sola comunidad. El problema de la droga no termina en los confines de una parroquia. El "trabajo abierto con la juventud" que hoy en día es tan necesario, raramente toma nota de los límites ínter parroquiales.

Desde el punto de vista mencionado, resulta la propuesta de que el diácono se empeñe al nivel supraparroquial: al nivel de la ciudad, del decanado o de la región. Es cierto que él debe ser vinculado a una determinada comunidad, pero con este punto de referencia, puede extender sus actividades en varias comunidades y crear una red. El acento debe ser colocado en ganar, formar, acompañar y promover colaboradores voluntarios en las respectivas comunidades y ofrecerles el contacto en una ciudad o región. En nuestra diócesis ya se inició un tal proyecto, y de forma muy exitosa. Ahí se encuentran enormes oportunidades para el diaconado permanente.

Con su participación en el ministerio de la Iglesia, el diácono tiene un papel incluso en la dirección de la comunidad. A este respecto, él tiene que involucrar también la diaconía y cuidar de que ella pueda recibir el lugar que le corresponde en el contexto de la pastoral. Como representante oficial de la comunidad, él es el hombre de contacto por excelencia con

¹⁵ D. Schad, Selbstverständnis der Diakonie und diakonisches Profil sozialer Arbeit, in Diakonie 6/96, 354.

las asociaciones Cáritas regionales como también con las estaciones sociales. Debe participar en las instituciones diaconales ecuménicas. A través de él, las comunidades deben tener contactos con todos los que en las municipalidades o instituciones independientes de atención, son competentes por la asistencia social. "La situación de nuestra sociedad se tornó sin perspectivas y la necesidad tomó tantas caras, que no puede ser aproximada de otra manera que por una colaboración firme y llena de confianza entre los operadores profesionales de caridad, las iniciativas locales de base, las instituciones caritativas comunitarias y los diáconos comunitarios"¹⁶.

Muchas de las tareas descritas pueden ser cumplidas sólo de manera profesional, otras pueden ser cumplidas por un diácono con profesión civil. En el caso del diácono con una profesión civil, la oportunidad se encuentra ante todo en su actividad profesional. El puede y debe, como los padres trabajadores, en su medio profesional concreto y en su vida profesional, representar a la Iglesia y estar presente, donde nadie la está representando. Debe después traer estas experiencias a la comunidad y defender allí la diaconía. De esta manera será honesto hacia su ministerio independiente y no solamente un suplente en tiempos de falta de sacerdotes.

Por supuesto, no solamente la comunidad, sino también la pastoral social es un campo ideal de trabajo para el diácono. Estoy pensando en los hospitales, hogares para ancianos, pastoral de empresas, pastoral carcelaria, asilos, etc. También estoy contando con la colaboración en la dirección de la diócesis, en los ámbitos donde se trata ante todo de tareas diaconales de dirección. A este respecto, quiero notar que la comunidad de los diáconos de una diócesis puede ser un gremio de consejeros muy importante para el obispo. Los diáconos pueden -como comunidad- ser ojo y oído del obispo en cuanto a las necesidades de las personas, ayudándolo a ser "Padre de los pobres".

Por supuesto, el diácono debe ser cualificado para todas sus tareas. Pero no puedo insistir ahora en este sentido.

En conclusión, una idea más que puede parecer utópica, a una mirada superficial. Puesto que no hay iglesia sin diaconía y puesto que la iglesia tiene un ministerio propio para la diaconía, no sería un error tener un diácono en cada comunidad. Eso no causaría problemas financieros, puesto que también hay diáconos con profesión civil. Creo que toda comunidad tiene un potencial que está lejos de ser agotado. El caso ideal sería que la misma comunidad dijera: "Este hombre nos lo podemos imaginar como diácono con profesión civil". El párroco y la comunidad lo podrían presentar después al obispo y al responsable diocesano para el diaconado.

Recibí informaciones de la diócesis francesa de Besançon que fue incluso más allá. Allí los responsables para el diaconado se presentan en las conferencias decanales, pidiendo que los decanados singularicen los enfoques sociales en su ámbito y observar a hombres cualificados sobre los cuales creen que pudiesen ejercer el ministerio de diácono con profesión civil en los ámbitos correspondientes. Aquellos son contactados enseguida y se les confronta

¹⁶ R. Zerfaß, *Lebensnerv Carits*, Freiburg 1992, 66.

con la perspectiva del diaconado. Reciben un tiempo de reflexión de un año. Al decidirse positivamente, ya pueden empezar la formación. Creo que este modelo es digno de consideración.

Así, podemos concluir: Los diáconos con motivación espiritual, bien calificados y razonablemente interesados son muy importantes para la Iglesia. Ellos no son ni sacerdotes suplentes, ni asistentes sociales. Ellos son, de manera sacramental, representantes de Jesucristo, el diácono. Ellos hacen presente para nuestro mundo el amor de Dios que por el Espíritu Santo fue derramado en nuestros corazones (Rm 5,5). Ellos son la vanguardia de una nueva "civilización del amor". Son una bendición para la Iglesia y para las personas confiadas a nosotros. Por esto, ya es tiempo de avanzar en la renovación de la diaconía y del diaconado y así, dar mucho más espacio en la Iglesia al impulso del Espíritu Santo a través del Concilio Vaticano II.